

luña.—Parte Suchet á Lérida.—Entran sus tropas en Balaguer.—Sitio de Lérida.—Desgraciada tentativa de Odonnell para socorrer la plaza.—Entran los franceses en Lérida y ríndese su Castillo.—Tambien el fuerte de las Medas.—Sucesos de Aragon.—Sitio de Mequinenza.—La toman los franceses.—Toman tambien el castillo de Morella.—Cádiz.—Toman los franceses á Matagorda.—Manda Blake el ejército de la Isla.—Trasládase á Cádiz la regencia.—Baran en la costa dos pontones de prisioneros.—Trato de estos.—Pasan á las Baleares.—Su trato allí.—Resistencia en las Andalucías.—Condado de Niebla.—Serranía de Ronda.—Don José Romero. Accion notable.—Tarifa.—Ejército del centro en Murcia.—Correía de Sebastiani en aquel reino.—Su conducta.—Evacuale.—Partidas de Cazorra y de las Alpujarras.—Extremadura. Ejército de la izquierda.—Romana.—Ballesteros.—Don Carlos Odonnell.—Decreto de Soult de 9 de mayo.—Otro en respuesta de la regencia de España.—Decreto de Napoleon sobre gobiernos militares.—Une á su imperio los Estados Pontificios y la Holanda.—Inútil embajada de Azanza á Paris.—Tentativa para libertar al rey Fernando.—Baron de Kolly.—Vida de los príncipes en Valencey.—Préndese á Kolly.—Insidiosa conducta de la policía francesa.—Cartas de Fernando.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO UNDÉCIMO.

NUEVOS desastres amagaban á España al comenzar el año de 1810. Napoleon de vuelta de la guerra de Austria, que para él tuvo tan feliz remate, anunció al senado frances „que se presentaria á la otra parte de los Pirineos, y que el Leopardo aterrado huiria hácia el mar, procurando „evitar su afrenta y su aniquilamiento.” No se cumplió este pronóstico contra los ingleses, ni tampoco se verificó el indicado viage, persuadido quizá Napoleon de que la guerra peninsular, como guerra de nación, no se terminaria con una ni dos batallas: único caso en que hubiera podido empeñar con esperanza de gloria su militar nombradía.

Ocupábanle tambien por entónces asuntos do-

Amenazas de Napoleon acerca de la guerra de España.

Su divorcio con Josefina.

mésticos que queria acomodar á la razon de estado, y la aficion que tenia á su esposa la emperatriz Josefina, y las buenas prendas que á esta adornaban, cedieron al deseo de tener heredero directo, y al concepto tal vez de que enlazándose con alguna de las antiguas estirpes de Europa, afianzaria la de los Napoleones, á cuyo trono faltaba la sólida base del tiempo. Resolvió pues separarse de aquella su primera esposa, y á mediados de diciembre de 1809 publicó solemnemente su divorcio, dejando á Josefina el título y los honores de emperatriz coronada.

Su casamiento con la archiduquesa de Austria.

Pensó despues en escoger otra consorte, inclinándose al principio á la familia de los Czares; mas al fin trató con la corte de Austria, y se casó en marzo siguiente con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador José II: union que si bien por de pronto pudo lisonjear á Napoleon, sirvióle de poco á la hora del infortunio.

Antes y en el tiempo en que mostró al senado su propósito de cruzar los Pirineos, dió cuenta el ministro de la guerra de Francia del estado de fuerza que habia en España, manifestando que para continuar las operaciones militares, bastaba completar los cuerpos allí existentes con 30,000 hombres reunidos en Bayona. Pasaron en efecto estos la frontera, y con ellos y otros refuerzos que posteriormente llegaron, ascendió dentro de la península el número de franceses en el año de 1810 en que vamos, á unos 300,000 hombres de todas armas.

Refuerzos que envia á España.

Llamaba singularmente la atencion del gabinete

de las Tullerías el destruir el ejército ingles, situado ya en Portugal á la derecha del Tajo. Pero el gobierno de José preferia á todo invadir las Andalucías, esperando así disolver la junta central, principal foco de la insurreccion española. Por tanto puso su mayor ahinco en llevar á cabo esta su predilecta empresa.

Resolucion de invadir las Andalucías.

Destináronse para ella los tres cuerpos de ejército primero, cuarto y quinto, con la reserva y algunos cuerpos españoles de nueva formacion, en que tenian los enemigos poca fe, constando el total de la fuerza de unos 55,000 hombres. Mandábalos José en persona, teniendo por su mayor general al mariscal Soult, que era el verdadero caudillo.

Sentaron los franceses sus reales el 19 de enero en Santa Cruz de Mudela. A su derecha y en Almaden del Azogue se colocó ántes el mariscal Victor con el primer cuerpo, debiendo penetrar en Andalucía por el camino llamado de la Plata. A la izquierda apostóse en Villanueva de los Infantes el general Sebastiani, que regia el cuarto y que se preparaba á tomar la ruta de Montizon. Debia atravesar la sierra partiendo del cuartel general de Santa Cruz, y dirigiendo su marcha por el centro de la línea, cuya extension era de unas 20 leguas, el quinto cuerpo del mando del mariscal Mortier, al que acompañaba la reserva guiada por el general Dessoles.

Sus preparativos.

Los franceses así distribuidos y tomadas tambien otras precauciones, se movieron hácia las Andalu-

cias. No habian de aquel suelo pisado anteriormente sino hasta Córdoba, y la memoria de la suerte de Dupont traíalos todavía desasosegados. Sepáranse aquellas provincias de las demas de España por los montes Marianos, ó sea la Sierramorena, cuyos ramales se prolongan al levante y ocaso, y se internan por el mediodia, cortando en varios valles con otros montes, que se desgajan de Ronda y Sierra Nevada, las mismas Andalucías en donde ya los moros formaron los cuatros reinos en que ahora se dividen: tierra toda ella, por decirlo así, de promision, y en la que por la suavidad de su temple y la fecundidad de sus campos, pusieron los antiguos, segun la narracion de Estrabon,¹ con referencia á Homero, la morada de los bienaventurados, los campo Elisios.

(1 Ap. n. 1.)

Los de los españoles.

Pocos tropiezos tenian los enemigos que encontrar en su marcha. No eran extraordinarios los que ofrecia la naturaleza, y fueron tan escasos los trabajos ejecutados por los hombres, que se limitaban á varias cortaduras y minas en los pasos mas peligrosos, y al establecimiento de algunas baterías. Se pensó al principio en fortificar toda la línea adoptando un sistema completo de defensa, dividido en provisional y permanente, el primero con objeto de embarazar al enemigo á su tránsito por la sierra, y el segundo con el de detenerle del todo, levantando detras de las montañas y del lado de Andalucía unas cuantas plazas fuertes que sirviesen de apoyo á las operaciones de la guerra, y á la insurreccion

general del pais. Una comision de ingenieros visitó la cordillera y aun dió su informe; pero como tantas otras cosas de la junta central, quedóse esta en proyecto. Tambien se trató de abandonar la sierra y de formar en Jaen un campo atrincherado, de lo que igualmente se desistió, temerosos todos de la opinion del vulgo, que miraba como antemural invencible el de los montes Marianos.

Dió ocasion á tal pensamiento el considerar las escasas fuerzas que habia para cubrir convenientemente toda la línea. Despues de la dispersion de Ocaña, solo se habian podido juntar unos 25,000 hombres que estaban repartidos en los puntos mas principales de la sierra. Una division al mando de Don Tomas de Zerain ocupaba á Almaden, de donde ya el 15 se replegó acometida por el mariscal Victor. Otra á las órdenes de Don Francisco Copons, permaneció hasta el 20 en Mestanza y San Lorenzo. Colocáronse tres con la vanguardia en el centro de la línea. De ellas la tercera del cargo de Don Pedro Agustin Giron en el puerto del Rey, y la vanguardia junto con la primera y cuarta, gobernadas respectivamente por los generales Don José Zayas, Lacy y Gonzalez Castejon en la venta de Cárdenas, Despeñaperros, Collado de los Jardines y Santa Helena. Situóse á una legua de Montizon en Venta nueva la segunda á las órdenes de Don Gaspar Vigodet, á la que se agregaron los restos de la sexta que ántes mandaba Don Peregrino Jácome.

El 20 de enero se pusieron los franceses en movimiento por toda la línea. Su reserva y su quinto cuerpo dirigiéronse á atacar el puerto del Rey y el de Despeñaperros, ambos de difícil paso, á ser bien defendidos. Por el último va la nueva calzada ancha y bien construida, abierta en los mismos escarpados de la montaña de Valdazores, y á grande altura del rio Alnudiel, que bañándola por su izquierda corre engargantado entre cerrados montes que forman una honda y estrechísima quebrada. La angostura del terreno comienza á unos 300 pasos de la venta de Cárdenas, yendo de la Mancha á Andalucía, y termina no léjos de las Correderas, casería distante una legua de la misma venta. En este trecho habian los españoles excavado tres minas, levantando detras en el collado de los Jardines una especie de campo atrincherado. Por la derecha de Despeñaperros lleva al puerto del Rey un camino que parte de la venta de Melocotones, ántes de llegar á la de Cárdenas; este era el antiguo mal carretero y en parages solo de herradura, juntándose despues y mas allá de Santa Helena con el nuevo. Entre ambos hay una vereda que guía al puerto del Muradal, existiendo otras estrechas que atraviesan la cordillera por aquellas partes.

Los franceses
atacan y cru-
zan Sierramo-
rego.

En la mañana del indicado 20 salió del Viso el general Dessoles con la reserva de su mando, y ademas un regimiento de caballería. Dirigióse al puerto del Rey que defendia el general Giron. La resistencia no fué prolongada: los españoles se retiraron

con bastante precipitacion, y del todo se dispersaron en las Navas de Tolosa. Al mismo tiempo la division del general Gazan acometió el puerto del Muradal con una de sus brigadas, y con la otra se encaramó por entre este paso y Despeñaperros, viniendo á dar ambas á las Correderas, esto es, á espalda de los atrincheramientos y puestos españoles. El mariscal Mortier, al frente de la division Girard, con caballería, artillería ligera y los nuevos cuerpos creados por José, pensó en embestir por la calzada de Despeñaperros, y lo ejecutó cuando supo que á su derecha el general Gazan, habiendo arrollado á los españoles, estaba para envolver las posiciones principales de estos. Las minas que en la calzada habia, reventaron, mas hicieron poco estrago: los enemigos avanzaron con rapidez, y los nuestros, temiendo ser cortados, todo lo abandonaron, como tambien el atrincheramiento del collado de los Jardines. Perdieron los españoles 15 cañones y bastantes prisioneros, salvándose por las montañas algunos soldados y tirando otros con Castejon hácia Arquillos, en donde luego verémos no tuvieron mayor ventura. Areizaga que todavía conservaba el mando en gefe, acompañado de algunos oficiales y cortas reliquias, precipitadamente corrió á ponerse en salvo al otro lado del Guadalquivir. Los franceses llegaron la noche del mismo 20 á la Carolina, y al dia siguiente pasaron á Andújar despues de haber atravesado por Bailen, cuyas glorias se empañaban algun tanto con las últimas que aho-

ra ocurrían. El mariscal Soult y el rey José no tardaron en adelantarse hasta la citada villa, en donde pusieron su cuartel general.

Llegó también luego á Andújar el mariscal Víctor, que desde Almaden no había encontrado grandes tropiezos en cruzar la sierra. La junta de Córdoba pensó ya tarde en fortificar el paso de Mano de hierro y el camino de la Plata, y en juntar los escopeteros de las montañas. La división de Zerain y la de Copons tuvieron que abandonar sus respectivas posiciones, y el mariscal Víctor después de hacer algunos reconocimientos hácia Santa Eufemia y Belalcazar, se dirigió sin artillería ni bagages por Torrecampo, Villanueva de la Jara y Montoro á Andújar, en donde se unió con las fuerzas de su nación que habían desembocado del puerto del Rey y de Despeñaperros. De estas el mariscal Soult envió la reserva de Dessoles con una brigada de caballería por Linares sobre Baeza, para que se diese la mano con el general Sebastiani, á cuyo cargo había quedado pasar la sierra por Montizon.

Dicho general, aunque no fué en su movimiento ménos afortunado que sus compañeros, halló sin embargo mayor resistencia. Guarnecía por aquella parte Don Gaspar Vigodet las posiciones de Venta nueva y Venta quemada, y las sostuvo vigorosamente durante dos horas, con fuerza poco aguerri-
da é inferior en número, hasta que el enemigo, habiendo tomado la altura llamada de Matamulas, y otra que defendió con gran brio el comandante Don

Antonio Brax, obligó á los nuestros á retirarse. Vigodet mandó en su consecuencia á todos los cuerpos que bajasen de las eminencias y se reuniesen en Montizon, de donde, replegándose con orden y en escalones, empezó luego á desbandársele un escuadrón de caballería, que con su ejemplo descompuso también á los otros, y juntos atropellaron y desconcertaron la infantería, disolviéndose así toda la división. Con escasos restos entró Vigodet el 20 de enero después de anochecido en el pueblo de Santiestevan, y al amanecer viéndose casi solo, partió para Jaen, á cuya ciudad habían ya llegado el general en gefe Areizaga y los de división Giron y Lacy, todos desamparados y en situación congojosa.

Sebastiani continuó su marcha y cerca de Arquillos tropezó el 29 con el general Castejon que se replegaba de la sierra con algunas reliquias. La pelea no fué reñida: caido el ánimo de los nuestros y rota la línea española, quedaron prisioneros bastantes soldados y oficiales, entre ellos el mismo Castejon. El general Sebastiani se puso entónces por la derecha en comunicacion con el general Dessoles, y destacando fuerzas por su izquierda hasta Ubeda y Baeza, ocupó hácia aquel lado la márgen derecha del Guadalquivir. Lo mismo hicieron por el suyo hasta Córdoba los otros generales, con lo que se completó el paso de la sierra, habiendo los franceses maniobrado sabiamente; si bien es verdad tuvieron entónces que habérselas con tropas mal orde-

nadas y con un general tan desprevenido como lo era Don Juan Carlos de Areizaga.

Entran en
Jaen y en
Córdoba.

Prosiguiendo su movimiento pasó el general Sebastiani el Guadalquivir y entró el 23 en Jaen, en donde cogió muchos cañones y otros aprestos que se habian reunido con el intento de formar un campo atrincherado. El mariscal Victor entró el mismo dia en Córdoba, y poco despues llegó allí José. Salieron diputaciones de la ciudad á recibirle y felicitarle, cantóse un Te Deum y hubo fiestas públicas en celebracion del triunfo. Esmeróse el clero en los agasajos, y se admiró José de ser mejor tratado que en las demas partes de España. Detuviéronse los franceses en Córdoba y sus alrededores algunos dias, temerosos de la resistencia que pudiera presentar Sevilla, é inciertos de las operaciones del ejército del duque de Alburquerque.

Ejército del
duque de Al-
burquerque.

Ocupaba este general las riberas del Guadiana despues que se retiró de hácia Talavera, en consecuencia de la rota de Ocaña: tenia en Don Benito su cuartel general. En enero constaba su fuerza en aquel punto de 8000 infantes y 600 caballos, y además se hallaban apostados entre Trujillo y Mérida unos 3100 hombres á las órdenes de los brigadieres Don Juan Senen de Contreras y Don Rafael Menacho; tropa esta que se destinaba caso que avanzasen los franceses para guarnecer la plaza de Badajoz, muy desprovista de gente.

Viene sobre
Andalucía.

La junta central luego que temió la invasion de las Andalucías empezó á expedir órdenes al de Ar-

burquerque, las mas veces contradictorias, y en general dirigidas á sostener por la izquierda la division de Don Tomas de Zerain avanzada en Almaden. Las disposiciones de la junta fundándose en voces vagas mas bien que en un plan meditado de campaña, eran por lo comun desacertadas. El duque de Alburquerque sin embargo deseando cumplir por su parte con lo que se le prevenia, trataba de adelantarse hácia Agudo y Puertollano, cuando sabedor de la retirada de Zerain, y despues de la entrada de los franceses en la Carolina, mudó por sí de parecer y se encaminó la vuelta de la Andalucía, con propósito de cubrir el asiento del gobierno. Este al fin y ya apretado, ordenó á aquel hiciese lo mismo que ya habia puesto en obra, mas con instrucciones de que acertadamente se separó el general español, disponiendo contra lo que se le mandaba que las tropas de Senen de Contreras y Menacho partiesen á guarnecer la plaza de Badajoz.

Con lo demas de la fuerza, esto es, con 8000 infantes y 600 caballos encaminándose Alburquerque el 22 de enero por Guadalcanal á Andalucía, cruzó el Guadalquivir en las barcas de Cantillana haciendo avanzar á Carmona su vanguardia y á Ecija sus guerrillas que luego se encontraron con las enemigas. La junta central habia mandado que se uniesen á Alburquerque las divisiones de D. Tomas Zerain y de D. Francisco Copons, únicas de las que defendian la sierra que quedaron por este

lado. Mas no se verificó, retirándose ambas separadamente al condado de Niebla. La última mas completa se embarcó despues para Cádiz en el puerto de Lepe. Lo mismo hicieron en otros puntos las reliquias de la primera.

Siendo las tropas que regia el duque de Alburquerque las solas que podian detener á los franceses en su marcha, déjase discurrir cuán débil reparo se oponia al progreso de estos, y cuán necesario era que la junta central se alejase de Sevilla si no queria caer en manos del enemigo.

Ya conforme al decreto en su lugar mencionado del 13 de enero, habian empezado á salir de aquella ciudad pasado el 20 varios vocales, enderezándose á la Isla de Leon punto del llamamiento. Mas estrechando las circunstancias, casi todos partieron en la noche del 23 y madrugada del 24, unos por el rio abajo y otros por tierra. Los primeros viajaron sin obstáculo, no así los otros á quienes rodearon muchos riesgos alborotados los pueblos del tránsito, que se creian con la retirada del gobierno abandonados y expuestos á la ira é invasion enemigas. Corrieron sobre todo inminente peligro el presidente que lo era á la sazón el arzobispo de Laodicea, y el digno conde de Altamira marques de Astorga, salvándose en Jerez ellos y otros compañeros suyos como por milagro de los puñales de la turba amotinada.

Aseguróse que contando con la inquietud de los pueblos, se habian despachado de Sevilla emisarios

Retírase de Sevilla la junta central.

Contratiempos en el viaje de sus individuos.

Sospechas de insurreccion en Sevilla.

que aumentasen aquella y la convirtiesen en un motin abierto para dirigir á mansalva tiros ocultos contra los azorados y casi prófugos centrales. Pareció la sospecha fundada al saberse la sedicion que se preparaba en Sevilla, y estalló luego que de allí salieron los individuos del gobierno supremo. De los manejos que andaban tuvo ya noticia el 18 de enero Don Lorenzo Calvo de Rozas, y dió de ello cuenta á la central. Para impedir que cuajaran, mandóse sacar de Sevilla á Don Francisco de Palafox y al conde del Montijo, que aunque presos se conceptuaban principales promotores de la trama. La apresuración con que los centrales abandonaron la ciudad, y el aturdimiento natural en tales casos y la falta de obediencia, estorbaron que se cumpliese la orden.

Alejado de Sevilla el gobierno, quedaron dueños del campo los conspiradores de aquella ciudad, y el 24 por la mañana amotinaron el pueblo, declarándose la junta provincial á sí misma suprema nacional, lo que dió claramente á entender que en su seno habia individuos sabedores de la conjuracion. Entraron en la junta ademas Don Francisco Saavedra, nombrado presidente, el general Eguia y el marques de la Romana que no se habia ido con sus compañeros, y salia de Sevilla en el momento del alboroto con Mr. Frere, único representante de Inglaterra despues de la ausencia del marques de Wellesley. Agregáronse tambien á la junta los señores Palafox y conde del Montijo que al efecto soltaron

Verificasé.

de la prision; el último esquivó por un rato acceder al deseo popular, fuese para aparentar que no obra- ba de acuerdo con los revoltosos, fuese que segun su costumbre le faltara el brio al tiempo del eje- cutar.

Junta de Se-
villa.

Providencias
que toma.

Creóse igualmente una junta militar que fué la que realmente mandó en los pocos dias de la dura- ción de aquel extemporáneo gobierno, y la cual se compuso de los individuos nuevamente agregados. Desde luego nombró esta al marques de la Romana general del ejército de la izquierda en lugar del duque del Parque que destinaba á Cataluña, y en- cargó el mando del que se llamaba ejército del cen- tro á Don Joaquin Blake. Expediéronse ademas á las provincias todo linage de órdenes y resolucio- nes, que ó no llegaron, ó felizmente fueron desobe- decidas, pues de otra manera nuevos disturbios hu- bieran desgarrado á la nacion entónces tan acon- gojada. Quedaron sin embargo con el mando, se- gun veremos, los generales Romana y Blake, ha- biéndose posteriormente conformado el verdadero gobierno supremo con la resolución de la junta de Sevilla.

Procuró esta alentar á los moradores de la ciu- dad á la defensa de sus hogares, y excitar en sus proclamas hasta el fanatismo de los clérigos y los frailes que por lo general se mantuvieron quietos. Duró el ruido pocos dias poniendo pronto término la llegada de los franceses. Ya se la temian el con- de del Montijo y los principales instigadores de la

comocion, y alejándose aquel el 26 del lugar del peligro con pretexto de desempeñar una comision para el general Blake, quedaron los sediciosos sin cabeza, careciendo para defender la ciudad del áni- mo que sobradamente habian mostrado para per- turbarla. Cierta que Sevilla no era susceptible de ser defendida militarmente, y solo los sacrificios y el valor de Zaragoza hubieran podido contener el torrente de los enemigos, de cuya marcha volveré- mos á tomar ahora el hilo de la narracion.

Dueños los franceses de la márgen derecha del Guadalquivir, y habiéndose adelantado el general Sebastiani hasta Jaen, prosiguió este su movimien- to para acabar con el ejército del centro, cuyas dispersas reliquias iban en su mayor parte la vuel- ta de Granada. Por decirlo así no quedaban ya en pie sino unos 1500 ginetes á las órdenes del gene- ral Freire, y un parque de artillería compuesto de 30 cañones situado en Andújar. Los oficiales que mandaban dicho parque no recibiendo orden nin- guna del general en jefe, juzgaron prudente sabien- do las desventuras de la sierra, pasar el Guadal- quivir y encaminarse á Guadix, lo que empezaron á poner en obra sin tener caballería ni infantería que los protegiese. El general Sebastiani al avan- zar de Jaen el 26 de enero, tomó con el grueso de su fuerza la direccion de Alcalá la Real, enviando por su izquierda camino de Cambil y Llanos de Pozuelo al general Peyremont con una brigada de caballería ligera. El 27 pasado Alcalá la Real al-

Continúan los
franceses sus
movimientos.

Encuentran en Alcalá la Real la caballería española.

canzó Sebastiani la caballería española de Freire que resistió algun tiempo; pero que despues fué rota y en parte cogida y dispersa, atacada por un número superior de enemigos, y sin tener consigo infantería alguna que la ayudase. Tocóle á la otra columna francesa, que tiró por la izquierda á Cambil, apoderarse de la artillería que dijimos habia salido de Andújar.

Caminaba esta con direccion á Guadix á la sazón que el conde de Villariezo, capitan general de Granada, impelido por el pueblo á defenderse, ordenó á los gefes de la artillería indicada que desde Pinos de la Puente torciesen el camino y viniesen á la ciudad en que mandaba. Obedecieron; pero luego que estuvieron dentro, notando que todo era allí confusion, trataron de salvar sus cañones, volviendo á salir de Granada. Desgraciadamente para continuar su marcha se vieron forzados á tomar un rodeo, retrocediendo al ya mencionado Pinos de la Puente, pues entónces no era camino de ruedas el de los Dientes de la vieja, mas corto y directo que el otro para Diezma y Guadix. Con semejante atraso perdieron tiempo dando en Isnaloz con los caballos ligeros del general Peyremont; en donde como no tenian los artilleros españoles infantes ni ginetes que los protegiesen, tuvieron, bien á pesar suyo, que abandonar las piezas y salvarse en los caballos de tiro. Así iba desapareciendo del todo aquel ejército que dos meses ántes inundaba los llanos de la Mancha.

Piérdese en Isnaloz un parque de artillería.

Toma Blake el mando de las reliquias del ejército del centro.

Por fin al espirar enero tomó en Diezma el mando de tan tristes reliquias Don Joaquin Blake, quien yendo á Málaga de cuartel de vuelta de Cataluña, recibió en aquel pueblo el nombramiento que le habia conferido la junta de Sevilla. Cedióle el puesto sin obstáculo el mismo Don Juan Carlos de Areizaga, y dió en efecto Blake prueba de patriotismo en encargarse en semejantes circunstancias de empleo tan espinoso, sin reparar en la autoridad de que procedia. No habia otro cuerpo reunido sino el primer batallon de guardias españolas mandado por el brigadier Otedo: lo demas del ejército reducíase á dispersos de varios cuerpos. Blake retrocedió todavía á Huercal Overa, villa del reino de Granada en los confines de Murcia; y despachando proclamas y órdenes á todas partes, consiguió juntar en los primeros dias de febrero hasta unos cinco mil hombres de todas armas: no habiéndosele incorporado otros generales de los que mandaban divisiones en la sierra, sino Vigodet y ademas Freire con unos cuantos caballos.

El general Sebastiani entró en Granada el 28 de enero. Quiso el pueblo defenderse, mas disuadiéronle los hombres prudentes y los tímidos con capa de tales; tambien contribuyó á ello el clero que en estas Andalucías mostróse sobradamente obsequioso á los conquistadores. Se envió una diputacion á recibir á Sebastiani; y agregóse á este poco despues de su entrada, el regimiento suizo de Reding. Trató el general frances con ceño y palabras airadas

Entran los franceses en Granada.

á las autoridades españolas, é impuso una gravosísima y extraordinaria contribucion.

Avanzan sobre Sevilla.

Se retira Alburquerque camino de Cádiz.

Entre tanto el primero y quinto cuerpo avanzaron por disposicion de José hácia Sevilla, tiroteándose el mismo dia 28 cerca de Ecija con las guerrillas de caballería del duque de Alburquerque: noticioso este general de que los enemigos avanzaban por el Arahál y Moron, para ponerse en Utrera á su retaguardia, y cortarle así la retirada sobre la isla Gaditana, abandonó á Carmona, y comenzó su marcha retrógrada hácia la costa. La caballería y la artillería las envió por el camino real, dirigiendo la infantería por las Cabezas de San Juan y Lebrija para unirse todos en Jerez. Fué tan oportuno este movimiento, que al llegar á Utrera dejóse ya ver desde Moron un destacamento enemigo. Tomóle pues Alburquerque la delantera; y recogiendo en Jerez todas sus fuerzas, pudo entrar al principiarse febrero en la Isla de Leon sin ser particularmente incomodado, y habiendo solo la caballería sostenido en su marcha algunas escaramuzas. Si en esta ocasión hubieran los franceses andado con su acostumbrada presteza, hubieran tal vez podido interponerse entre el ejército español y la isla Gaditana, y muy otra fuera entónces la suerte de aquel inexpugnable baluarte. El duque de Alburquerque contribuyó en cuanto pudo á salvar tan precioso rincón, y con él quizá la independencia de España. Por ello justas alabanzas le son debidas.

Los franceses, recelosos en aquellas circunstan-

cias de comprometerse demasiadamente, midieron sus movimientos, anteponiendo á todo el apoderarse de Sevilla, posesion codiciada por sus riquezas y renombre. Presentóse á vista de sus muros al finalizar enero el mariscal Victor. De la nueva junta casi todos los individuos habian desaparecido, por lo que su formacion de nada aprovechó sino de sobresaltar á los pueblos, acrecentar la division de los ánimos, é impedir la salida de cuantiosos é importantes efectos.

Ganan los franceses á Sevilla.

Sevilla, ciudad vasta y populosa, y en la que brillan, segun se explica en su lenguaje sencillo la crónica de San Fernando, „muchas y grandes noblezas. . . las cuales pocas ciudades hay que las „tengan,“ habia sido por mandato de la central circunvalda de triples líneas, para cuya guarnicion se requerian 50,000 hombres. Invirtieron por tanto inútilmente en dicha fortificacion muchos caudales; pues no pudiendo defenderse aquel recinto, conforme á las reglas de la milicia, y solo sí acudiendo al patriotismo y brio del vecindario, hubiera debido la central pensar mas bien que en fortalecerla regularmente, en entusiasmar los ánimos y cuidar de su disciplina y buena direccion.

Preparábanse los franceses á acometer á Sevilla, cuando el 31 les enviaron de dentro parlamentarios. Querian estos entre varias cosas, que se distinguiese aquella ciudad de las otras en la capitulacion, como una de las principales cabeceras de la monarquía, y tambien hicieron la notable peticion

de que se convocasen córtes. No accedió el mariscal Victor, como era de presumir, á la última demanda; y en respuesta á las proposiciones que se le presentaron envió una declaracion, segun la cual prometia amparo á los habitantes y á la guarnicion, como tambien no escudriñar los hechos ni opiniones contrarias á José anteriores á aquel dia: otorgaba ademas otras concesiones, y señaladamente la de no imponer contribucion alguna ilegal: artículo que pronto se quebrantó, ó que nunca tuvo cumplimiento.

Accediendo los sevillanos á las condiciones de Victor, entraron los franceses en la ciudad el 1.º de febrero á las tres de la tarde. La vispera por la noche habia salido la escasa guarnicion hácia el condado de Niebla á las órdenes del vizconde de Gand, cuyo camino tomaron tambien algunos de los mas respetables individuos de la antigua junta provincial, enemigos del desbarato y excesos de los últimos dias, los cuales, establecidos en Ayamonte, se constituyeron luego en autoridad legítima de los partidos libres de la provincia.

En Sevilla cogieron los franceses municiones, fusiles, gran número de cañones de aquella magnífica fábrica, y muchos pertrechos militares. Asimismo otra porcion de preciosidades y valores, particularmente tabacos y azogues, tan necesarios los últimos para el beneficio de las minas de América: botin que debió el enemigo parte á descuido é imprevision de la junta central, parte segun apunta-

mos á los alborotos y al atropellamiento que en Sevilla hubo.

Sojuzgada esta ciudad, se encaminó el primer cuerpo frances á las órdenes de su gefe el mariscal Victor la vuelta de la isla Gaditana, cuyos alrededores pisó el 5 de febrero. La anterior llegada á aquel punto del duque de Alburquerque previno los hostiles intentos del enemigo, é impidió todo rebate. Paróse pues Victor á la vista, quedando su cuerpo de ejército destinado á formar el bloqueo. Aprestóse en Córdoba la reserva bajo el mando de Dessoles; y el quinto del cargo del mariscal Mortier, despues de dejar una brigada en Sevilla, asomó á Extremadura y dióse mas adelante la mano con el segundo, que desde el Tajo avanzó á las órdenes del general Reynier. En seguida se encaminó Mortier á Badajoz, y habiendo inútilmente intimado la rendicion á la plaza, volvió atras y estableció en Llerena su cuartel general.

Sebastiani por su lado dió á sus operaciones cumplido acabamiento. Tranquilo poseedor de Granada, quiso recorrer la costa, y sobre todo enseñorearse de la rica é importante ciudad de Málaga, con tanta mayor razon cuanto allí se encendia nueva lumbré insurreccional.

Era atizador y caudillo un coronel, de nombre Don Vicente Abello, natural de la Habana, hombre fogoso y arrebatado, mas falto de la capacidad necesaria para tamaño empeño. Siguió su pendon la plebe, tan enemiga allí como en las demas partes de

Preséntase el mariscal Victor delante de Cádiz.

Mortier va á Extremadura.

Baja tambien allí el 2.º cuerpo.

Va sobre Málaga Sebastiani.

Abello alborota la ciudad.